

Luciano de Samósata

Relatos fantásticos

Relatos verídicos

Icaromenipo o Menipo en los cielos

Cuentistas o El descreído

El gallo

Lucio o El asno

Introducción de

Carlos García Gual



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Traductores: Carlos García Gual (*Relatos verídicos*), Jaime Curbera (*Icaromenipo y Cuentistas*), Marisa del Barrio (*El gallo*) y Jorge Bergua (*Lucio*)

Primera edición: 1998

Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la introducción: Carlos García Gual

© De la traducción y notas: Carlos García Gual (*Relatos verídicos*), Jaime Curbera (*Icaromenipo y Cuentistas*), Marisa del Barrio (*El gallo*) y Jorge Bergua (*Lucio*)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-571-7

Depósito legal: M. 36.386-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Carlos García Gual
- 29 Bibliografía

- 31 Relatos verídicos
- 102 Icaromenipo o Menipo en los cielos
- 129 Cuentistas o El descreído
- 160 El gallo
- 195 Lucio o El asno

Introducción

1. El espejo en el pozo de la luna, o los primeros viajes espaciales

Luciano llegó a la luna en barco, tras surcar los aires viento en popa a toda vela durante siete días y noches. Así lo refiere en sus *Relatos verídicos*. El bergantín con sus cincuenta tripulantes fue aspirado por un tifón mientras cruzaba el Atlántico y, ya en los aires, un huracán intenso lo impulsó hasta el astro, isla redonda y luminosa en el mar celeste. Ni Luciano ni sus compañeros de viaje encuentran graves dificultades para moverse a través del espacio interestelar, entre una fauna sorprendentemente variopinta. Porque en los *Relatos verídicos*, que comienzan con la excursión a la luna y estrellas vecinas, no pretende la menor verosimilitud. Es una narración disparatada.

Este fantasioso escritor de Samósata, originario en Siria y convecino, por tanto, de los que redactan siglos des-

pués las *Mil y una noches*, no repara en detalles menores, una vez lanzado a inventar aventuras en el espacio. Abigarrados selenitas combaten sobre inmensas telas de araña con sus enemigos solares ante la mirada de los terrestres, acogidos hospitalariamente por el rey de los lunáticos, Endimión, el mítico amante de Selene. Extraños monstruos de formas entre vegetales y bestiales desfilan en ejércitos innumerables en un decorado surrealista. La colonización del Lucero del Alba ha sido el motivo del conflicto bélico interestelar entre selenitas y heliotas. Allá abajo, como otra luna, se ve nuestra tierra.

Los *Relatos verídicos* (o, según otra versión de su título, la *Verdadera Historia*) no es sino la parodia de los relatos de viajes fabulosos. Parodia, caricatura, burla carnavalesca, metaliteratura. Luciano no se inventa sus motivos, sino que los retoma de la tradición literaria y luego los recolora exageradamente. Así lo hace con la excursión a la Luna —que toma probablemente de Antonio Diógenes y quizá de algún otro—, y con otros episodios estupendos, como el viaje a la ínsula maravillosa y paradisíaca, con la estancia en el interior de la ballena y con la visita turística al mundo de los muertos.

Hay en la luna lucianesca un montón de seres raros, como los *dendritas*, nacidos de una especie de cocos, con sus sexos postizos de marfil o de madera, según su condición social, o esos otros selenitas que se alimentan del aroma de las ranas tostadas y que tienen como cola una col verde y esponjosa, y unos ojos de quita y pon, y una bolsa de marsupial en la barriga para guardar a sus niños en invierno. Como se ha dicho alguna vez, la fantasía de Luciano bordea el surrealismo, descaradamente.

Pero el objeto más raro que el viajero ve en la luna es sólo un aparato de televisión; o algo parecido:

Y aún contemplé en el palacio real una última maravilla: un espejo muy grande en el brocal de un pozo no muy hondo. Si uno va y baja al pozo puede oír todo lo que se dice en la tierra, en nuestro país, y si uno mira el espejo, puede ver todas las ciudades y los pueblos, como si se encontrara en ellos. Entonces pude yo ver allí a todos mis amigos y mi patria, pero no puedo decir con certeza si ellos me veían también a mí. Quien no se crea esto, si pasa por allí algún día, sabrá que todo lo que cuento es verdad.

El redondo espejo del pozo selenita parodia quizá la bola mágica de algún cuento maravilloso. Luciano no podía imaginarse que algún día ese prodigio estaría integrado en la vida cotidiana ni que desde la tierra, a través de una pantalla parecida, veríamos caminar a los astronautas por la pálida y silenciosa luna. Tampoco podía imaginar nuestras lentillas cuando describía los ojos portátiles usados por los habitantes de la luna. Es curioso observar cómo la fantasía resulta profética muchas veces, aunque no tenga tales intenciones.

Hay otro texto de Luciano que describe otro viaje a la luna: el *Icaromenipo*. El cínico Menipo, que cual nuevo Ícaro se ha fabricado un par de alas para remontar el vuelo, alcanza la luna. Se ha pegado muy bien las alas al cuerpo, para evitar accidentes, y ha tomado un ala de buitre y otra de águila para conseguir mayor velocidad. Con un buen entrenamiento en su manejo, el nuevo Ícaro ha conseguido subir revoloteando hasta la luna. Pero

allí no encuentra nada que hacer de interés, como no sea avizorar, con ojo de mirada aguileña, lo que sucede en la tierra. La mirada desde lo alto siempre inspira meditaciones filosóficas: los hombres se ven como hormigas en discordia y pululando afanosamente y sin sentido. El cínico Menipo los observa y no esconde sus sarcasmos. En la luna sólo encuentra un conocido, el famoso Empédocles, chamuscado, casi carbonizado, que salió expelido con el humo del Etna, en el que se arrojó. (A Luciano le parecía muy cómica la muerte y la figura de Empédocles, y lo recuerda en varias obras.) Es el presocrático agrigentino quien le recomienda mirar la tierra con el ojo aguzado por las plumas del águila. Nada más hace Menipo en la luna. Al remontar su vuelo escucha, sin embargo, la voz de ésta. Se queja la Luna de los filósofos que han dicho tantas tonterías sobre ella, sobre si tenía luz propia o no, sus relaciones con el Sol, etc. Harta de oír tantas necedades, la Luna le ruega a Menipo que traslade sus quejas a Zeus, a quien el inquieto volador se dispone a visitar a continuación, en el alto cielo.

En este opúsculo de Luciano se usa el diálogo y éste relaciona ya su contenido con la comedia y la sátira, más que con el viaje fabuloso en primera persona, como el de Ulises o el de Antonio Diógenes. De poco le sirve la luna al cínico: tan sólo de observatorio para contemplar el carnaval terrestre. Si en *Relatos verídicos* domina el tono lúdico, de burla exagerada, aquí el viaje es pretexto para una sátira contra los vicios de los poderosos y las tonterías de los filósofos desatinados. Sátira y parodia son dos constantes en la obra de Luciano; unas veces domina una y otras otra. Como en los escritores europeos que lo

leyeron o imitaron, como Rabelais, Voltaire y Swift. Dice B. P. Reardon que, en vez de sangre, Luciano tenía tinta en sus venas. Como un astuto calamar, pues, Luciano se desliza a propulsión de un tema a otro, de un escenario a otro, de la tierra a la luna, de la luna al Olimpo o al Hades, y no aclara sus caminos. Ojos saltones, patas largas, y una estela de tinta, que se disuelve como una nube. Extraordinaria fantasía, junto a una curiosa frialdad y una ironía de quien se sabe espectador y no actor en la farsa, como quien se ríe del espectáculo, pero no le ve ningún sentido claro. Así es Luciano, selenita de paso.

2. La gran ballena y las ínsulas oceánicas

El viaje celeste resulta la excursión más disparatada por las enormes distancias que los viajeros arrostran en su nave –no una nave espacial de espectacular diseño, sino un simple bergantín propulsado por sorprendentes vientos– y por los extraordinarios seres que pueblan la luna y las estrellas. Pero está contrabalanceado, dentro del primer libro de *Relatos verídicos*, por otra excursión no menos fabulosa y arriesgada: la incursión y estancia en la cavidad interior de una gigantesca ballena. Como Jonás y como Pinocho, Luciano, junto con su barco y sus camaradas, es tragado por un voraz cetáceo y habita largo tiempo (mucho más que Jonás y que Pinocho) en la panza del monstruo, que lo traga y lo vomita sin causarle daño alguno.

La visita al cavernoso interior de la ballena, tan prolongada, es, a mi entender, un equivalente del viaje a las

profundidades infernales. Frente a la ascensión celeste, ahora tenemos el descendimiento a lo más hondo, al fondo de los mares, en un submarino móvil y panorámico. Si los primeros episodios evocaban un viaje a la luna, éstos corresponden a otro ámbito no menos julio-vernescos: el viaje al centro de la tierra y las mil leguas de viaje submarino, reunidos en un mismo envoltorio. Porque, en efecto, la cavidad interior del cetáceo prodigioso, con su fauna pintoresca y sus variados paisajes, se nos aparece como un ámbito curioso, un tanto infernal por su clausura, selvático y bien poblado de extrañas e híbridas criaturas, un tanto semejantes en su pintoresquismo a las curiosas especies siderales. De nuevo encuentra Luciano un bestiario variopinto, con un toque más acuático ahora, como era de esperar —antes los bichos evocaban formas de raros insectos, ahora dominan los crustáceos y los semipeces—; de nuevo asiste a trepidantes batallas. En lo alto de los cielos y en el fondo de los mares desfilan esos seres estúpidos que combaten en tropeles y tumultos. De nuevo Luciano parodia a los historiadores describiendo los encuentros.

La estancia en el vientre de la ballena es una excursión tan imposible como la de los paseos interestelares. Tiene además algún elemento muy bien aprovechado, como el encuentro con el náufrago Esquintaro, un estupendo Robinsón de las entrañas balleneras. En la vasta cavidad los griegos encuentran de todo: un templo a Poseidón y unos amables viñedos. En las luchas contra los rudos seres del interior de la ballena despliegan los camaradas de Luciano su táctica militar. Triunfo de la civilización so-

bre los elementos y sobre las bestias desarmadas. Aunque algún griego caiga traspasado por una larga espina de pez, obtienen la victoria.

La parada en el País de las Lámparas precede la inmersión en la panza de la ballena. Después de escapar del moribundo cetáceo, a través de esa amplia boca amenazadora, prosiguen el viaje marino recalando en las islas del Queso y del Corcho, para abordar luego y pasar allí unas buenas vacaciones en la de los Bienaventurados, y arribar después a la de los Ensueños. Con estas alusiones ya vemos cuán cercano está el océano que Luciano surca de un Más Allá surrealista. Es el océano de allende las Columnas de Heracles, el inmenso espacio desconocido, donde quien penetra puede encontrar los más variados fantasmas, desde el País de los Dichosos y los Infiernos, los Campos Elíseos y las Islas de Fuego, hasta esas ínsulas fascinantes y evanescentes como la de los Ensueños.

En el segundo libro la parte central está dedicada a la estancia en la Isla de los Bienaventurados (caps. 5-30), una visión paródica e idílica del Paraíso según las imágenes tradicionales con algún toque lucianesco en la decoración. (Se trata de uno de sus temas preferidos, que nos recuerda los *Diálogos de los dioses* y los *Diálogos de los muertos* en algunos pasajes.) Al final, pasan apresuradamente nuevos monstruos. El escenario que incluye todas estas aventuras y visitas es el del gran océano poblado de sus misteriosas islas, donde el peregrino navegante va de uno a otro prodigio, como un turista atolondrado por la variedad de los espectáculos y lo exótico de los paisajes y la extrañeza de los indígenas.

Para este despliegue de episodios y aventuras, Luciano ha utilizado un arsenal fabuloso ya tradicional. Como él mismo nos lo advertía en su prólogo, ha tomado motivos pintorescos de otros autores antiguos, comenzando por Homero, siguiendo por Ctesias y Heródoto y llegando hasta Yambulo.

Este Yambulo, «que escribió muchas cosas increíbles sobre el gran océano», es, sin duda, uno de los escritores parodiados por Luciano. No sabemos hasta dónde llega la imitación exagerada y caricaturesca de su relato, ya que lo hemos perdido y sólo tenemos sobre él un breve resumen en Diodoro de Sicilia (II, 55-60). Sabemos que su relato, «claramente falso, pero de cierta gracia», según Luciano, se presentaba como una narración autobiográfica; describiendo sus aventuras por el océano Índico, Yambulo compuso un texto de viajes semifabulosos, con toques de una curiosa utopía muy en la línea de ciertas fantasías helenísticas.

Resumimos lo esencial de ese resumen:

De joven, con afán de comerciar y ver mundo, Yambulo viajaba por Arabia, cuando fue capturado por unos bandoleros y llevado a Etiopía. Allí, como víctima ofrecida a los dioses, fue arrojado al océano en una balsa.

Tras un viaje marino de cuatro meses, logró arribar a una isla paradisíaca, en un archipiélago estupendo, formado por siete islas. Fue muy bien acogido por los hospitalarios indígenas y se quedó a vivir con ellos.

Allí los días y las noches eran de igual duración; el clima muy suave, el agua marina dulce y mecida por puntuales mareas; y la vegetación muy frondada, con muchos frutales y rápidas cosechas. (Situada cerca del

Ecuador, la isla podría ser Ceilán, o Bali, o alguna otra del mar de la Sonda.)

Los nativos, muy pacíficos, le resultaban casi idénticos, al ser de una raza distinta de la blanca. Tenían cuatro codos de alto, unos amplios orificios nasales, una lengua bífida y otras curiosas ventajas. Con esa lengua podían mantener dos conversaciones a la vez, hablaban todas las lenguas e imitaban el lenguaje de las aves. Vivían unos ciento cincuenta años, sin enfermedades, y en su vejez se suicidaban acostándose sobre unas plantas de aroma mortífero. Sus convecinos llevaban sus cuerpos a la orilla del mar, donde los recogía la marea y los sumergía.

Este pueblo tenía costumbres primitivas: vivían en comunidades no mayores de cuatrocientos miembros, gobernadas por el más viejo. Las mujeres eran todas comunes, de igual modo que los niños. Las matronas que los cuidaban cambiaban frecuentemente a los pequeños entre sí para que los padres no pudieran identificar a ninguno como hijo propio. El trabajo y las comidas se hacían en común y en todas las aldeas reinaba la paz. Eran muy piadosos y practicaban saberes diversos, y florecía entre ellos la astronomía. Usaban una escritura con siete signos, que en una cuádruple modificación podían notar veintiocho caracteres.

Yambulo permaneció allí siete años. Al cabo de éstos fue expulsado, por malhechor y persona de perversos hábitos. En una balsa fue de nuevo devuelto al mar. Después de unos meses de navegación llegó a la India y desde allí, pasando por Persia, logró regresar a Grecia, donde compuso su libro de memorias.

Por el resumen de Diodoro advertimos cómo en este relato se mezclan motivos míticos (las siete islas, los siete años, el paraíso isleño y oriental, el pueblo políglota y supersabio, que se comunica con los pájaros), utópicos (comunidades pacíficas gobernadas por el más anciano; comunidad de hijos y mujeres, como en las utopías de Platón y de los cínicos) y detalles antropológicos y etnográficos de diverso origen. Es importante notar que aquí encontramos también el tema del naufrago que llega a un ámbito salvaje y paradisíaco, incontaminado por la civilización occidental, y que acaba siendo expulsado de ese mundo inocente, sin duda porque él, el civilizado, lleva consigo sus malos hábitos, que resultan perversos en ese ambiente idílico. Yambulo es arrojado fuera del paraíso tropical. Luego, de regreso en su patria, echará de menos ese mundo perdido, selvático y no contaminado por nuestra belicosa y perversa civilización. Como he anotado alguna vez, Yambulo parece el reverso de Ulises; es el naufrago obligado a regresar a su patria, sabiendo que la felicidad se halla en la isla lejana que tuvo que dejar.

También Luciano es expulsado de la Isla de los Felices, a los *siete meses* de su llegada. La alusión a Yambulo subyace en este y otros detalles de su estancia en el paraíso. Un asunto de faldas es lo que determina su expulsión: el hijo de Esquintaro se ha fugado con la siempre voluble Helena. No sabemos si también por un intento de seducción semejante fue Yambulo desterrado, a los siete años, de su isla idílica. En todo caso, también Luciano se aleja pesaroso del paradisíaco retiro de los Héroes, una ínsula no menos arcádica que aquella otra.

Poco importa que el paraíso caiga hacia Oriente, como el de Yambulo, o hacia el Atlántico, como los Campos Elíseos.

Más interesante es que esa ínsula afortunada sea el lugar donde están albergados, en su jubilación festiva, los héroes de antaño; los gloriosos personajes de los mitos y de la Historia perviven en esta isla maravillosa. Y Luciano puede compartir su mesa y sus charlas, como el cínico Diógenes o Menipo podía dialogar en el Hades con otras nobles figuras de antaño, en los *Diálogos de los muertos*. De todos esos héroes son los personajes de los poemas homéricos los que dan más juego a la parodia.

Más allá el itinerario azaroso lleva hacia el País de los Sueños, hacia el nido del alción gigante, hacia el paraje donde el tiempo corre hacia atrás, hacia el bosque navegable, hacia el puente de agua sobre el abismo y, finalmente, hacia la tierra de las brujas y el continente del otro lado del océano. Exóticas criaturas desfilan ante los ojos impávidos del narrador. Un repertorio que parece concluir con las mujeres Patas de Asno, las Onosquéleas asesinas, próximas parientes de otras brujas, que podrían figurar entre las que salen en *El asno* o en los *Cuentistas*. También los Bucranios, parientes del Minotauro en apariencia, son seres menos fantasiosos que los de la fauna sideral o mesoceánica ya avistados. En el párrafo final Luciano resume los temas de su viaje; ha cruzado por las islas (I, 6-9 y caps. sueltos), por los espacios aéreos (I, 10-29) y por el interior de la ballena (I, 40-II, 1), visitando a los héroes (II, 5-31) y a los ensueños (II, 32-34), y un buen etcétera de encuentros menores (II-35-47).

3. Cinismo y busca de la verdad

«Odio la fanfarronería, odio la impostura, odio la superstición, odio la mentira y odio a toda esa clase de tipos miserables y embaucadores. Que son muchísimos, como sabes», dice ante la Filosofía Parresíades, el protagonista del diálogo *El pescador o los resucitados*. Luciano se identifica, claramente, con este acérrimo defensor de la veracidad que denuncia los embustes y los tufos de los filósofos de todo pelaje. Como este mártir de la sinceridad, de la *parresía* que fue emblema de los cínicos, también Luciano era «sirio, de la ribera del Éufrates» y andaba proclamando y delatando cuán falsas y fraudulentas eran las mercancías intelectuales de la época. No sólo las de los sedicentes filósofos, sino también las de los santones y las de los literatos e historiadores. (Por razones de cautela, la sátira de Luciano se mantiene más alejada de los políticos y sus proclamas, no menos fraudulentas.)

Gran parte de la obra de Luciano es una denuncia de toda la falsa retórica con la que otros han pretendido embaucar a los necios y, en algunos casos, embaucarse a sí mismos. Como Alejandro, el falso profeta, muchos otros, menos afamados, recorrían las plazas del helenuismo proclamando embustes y aprovechando la credulidad de las gentes. Como esos filósofos estoicos o aristotélicos o pitagóricos que Luciano caricaturiza repetidamente, hubo muchos que predicaron sus turbios credos con vanas poses y excesiva autocomplacencia. Los mordaces cínicos denunciaron el falso oropel de esas filosofías, y por ello Luciano escoge a veces a un cínico —Diógenes o Menipo— como portavoz de sus ataques.

Y aun entre los cínicos abundaban los impostores. Luciano no era filosóficamente un adepto ortodoxo de ninguna escuela. En todo caso, se encontraba más próximo a los epicúreos, por lo que su doctrina tenía de amable moderación y de crítica a fondo de todo el idealismo y la retórica moral vacía de la tradición anterior. La sátira es, ante todo, una actitud moral.

Pero no vamos a tratar ahora de esa actitud del satírico, sino de un punto más concreto de su postura vital: la búsqueda denodada de la verdad o, ante todo, de su afán por denunciar la mentira donde se la topara. El concepto de «mentira» es un tanto complejo. La palabra griega *pseûdos* incluye no sólo la mentira consciente e intencionada, sino también el error, la invención que no corresponde a la realidad, la ficción.

A este respecto, la obra de Luciano esconde una cierta ambigüedad. A la constante preocupación por encontrar la verdad, tanto en las costumbres y hábitos sociales como en los modos de escribir la historia, se acompaña un cierto regusto por recontar, burlescamente, las más estupendas mentiras. Porque hay también, y Luciano no deja de saberlo, una notable fascinación en las ficciones fantásticas, e incluso en las maravillosas. Luciano, sirio, vecino de los futuros cuentistas de las *Mil y una noches*, ha recogido de la tradición los más estupendos relatos de terror y misterio, las más disparatadas historias de viajes lejanos y pintorescos, e incluso ha visto cuánto de atractivo hay en temas míticos como los encuentros en el Hades o en la vida cotidiana de los dioses griegos, tan excesivamente humanos, tan redomadamente burgueses, tan ingenuamente apasionados. Poco inventa Luciano, mu-

cho recupera en sus pintorescos retales amontonados, como un alegre trapero que recompone los disfraces que antaño fueron brillantes y ahora aún pueden servir para fiestas de menos postín. Metamorfosis, dioses, viajes, escenarios, máscaras, en fin, todo eso lo ha tomado Luciano de la tradición. Descreído, el cínico parodiaba los géneros antiguos desvergonzadamente. Al poner de nuevo en escena a los grandes de antaño, quería mostrarnos su vanidad. En el mundo del Hades todos los héroes son ya esqueletos. La risa sarcástica de Diógenes molesta a los tiranos presuntuosos y a los bellos de antaño. Por si acaso no hay un tribunal tras la muerte, el cínico lo instituye en la literatura, denunciando a todos los farsantes de antaño y, de paso, a sus secuaces actuales.

Pero la ficción es, además, algo estupendo para quien ve en la literatura no sólo un instrumento educativo y una ocupación seria, sino una fuente de placer intelectual y de diversión. El breve prólogo a los *Relatos verídicos* es, en este aspecto, muy interesante, como una de las primeras defensas de la literatura de ficción. A la par que ataca a los grandes embusteros —desde el autor de la *Odissea* y Ctesias y Heródoto a Yambulo y al no mencionado Antonio Diógenes—, Luciano los imita descaradamente, aunque con una estupenda advertencia: la de que sólo va a contar mentiras. Con esa verídica proclama se permite la más desbocada carrera hacia el mundo de los disparates.

De cabo a rabo los *Relatos verídicos* son puro *pseudos*, mentira declarada y evidente, mucho más evidente que aquellas denunciadas por Luciano en otros autores. Pero el placer que el público siente ante este relato es el mis-

mo que sienten los oyentes de las historias de magia y terror en los *Cuentistas*, esos *philopseudeîs* o «amigos de las mentiras», o los lectores de *El asno*, probablemente pseudolucianesco. El universo fantástico griego tiene amplias dimensiones, como atestiguan estos textos. Ese placer, *térpsis*, ante lo fabuloso, misterioso, inquietante, está en las mismas raíces de la tradición mitológica. (Recordemos que ya las Musas le dijeron a Hesíodo que no sólo inspiraban la verdad, sino también relatos semejantes a lo verdadero. Y Luciano califica su relato de «no falta de musas», *ouk ámousos*). Más que un filósofo, o un crítico social, Luciano es un literato en el sentido amplio de tal calificación. Un gran satírico, pero, ante todo, un gran narrador y un inquieto fabulador.

«*If not a Voltaire, at least a gentler Swift*», ha escrito C. P. Jones en un reciente libro sobre él. Desde luego, en esa sátira mezclada con un intenso afán de fantasear parodias y viajes fabulosos, Luciano está cerca de Swift, siendo mucho menos agrio que éste. Pero tanto Swift como Voltaire le deben mucho al autor de *Relatos verídicos*.

Luciano, que vivió a mediados del siglo II (de 120 a 180 aproximadamente, sin que sepamos con precisión la fecha de su nacimiento ni la de su muerte), probablemente un sirio de origen semita, helenizado hasta la médula, literato por vocación, quedó pronto cautivado por el helenismo. En un tiempo de florecimiento de la cultura griega, aunque bajo las pautas de un cierto anticuarrismo. Era la época de la Segunda Sofística, un renacimiento de lo clásico con una pátina retórica, un esplendor de reflejos plateados, que toma como ideales los patrones

clásicos en las artes, la filosofía y la literatura. Una gran época de la prosa, la historiografía y, sobre todo, la oratoria. Luciano quiso ser, al comienzo, un sofista, y viajó a tal objeto y declamó en distintas ciudades. Su nombre, sin embargo, no figura en las *Vidas de los sofistas* redactadas por Filóstrato algo más tarde. No fue un gran declamador y un retórico de aparato, sino algo más incisivo y atractivo para nosotros. Recogió menos aplausos directos, pero ha dejado una larga huella dentro de la literatura occidental.

En volver su vista a los ideales y las figuras del clásico período de la grandeza ateniense coincide con su época. Y también en su afán por seguir las normas de ese clasicismo, que los escritores y artistas del siglo II d. C. tomaron, por vez primera, como canon. (No sólo los artistas, sino también otros, como el médico Galeno, gran comentador de Hipócrates.) Se ha dicho que es un tiempo dominado por la idea de *mimesis*, «imitación» de los modelos antiguos. Toda la literatura de la época tiene la vista vuelta hacia atrás para inspirarse. También nuestro Luciano. Frente a la apreciación tradicional de que es un escritor muy libresco, algunos estudios recientes, como los de J. A. Hall o de C. P. Jones, han querido subrayar que también apunta a su propio presente en sus críticas y evocaciones. Probablemente tienen una cierta dosis de razón en ese aspecto, pero sin negar que todo Luciano está empapado, sumergido y divertido por la literatura anterior, como los más eruditos de sus contemporáneos. Como su coetáneo, el novelista latino Apuleyo, no sólo de literatura elevada, sino también de *folktale*.

Esta afición a los cuentos y fantasías populares se ve muy bien en *Philopseudeis* o *Cuentistas* o *Los amigos de las mentiras*, que no es sino una sarta de historietas de terror y misterio, *novelle* de lejano origen muy bien reunidas y puestas en boca de unos disparatados adeptos de sectas filosóficas, que Luciano no pierde la ocasión de criticar. Ahí tenemos un caso de curaciones maravillosas, una historia de ensalmos para mordeduras de serpiente, otra de encantos amorosos, un cuento de estatua y duende, una aparición de Hécate y un viaje al infierno, otra aparición de una difunta a su marido, de nuevo una historia de duendes y el tema del aprendiz de brujo.

Toda esta atmósfera no está lejana de la dominante en buena parte de *El asno*, que ensarta unas cuantas breves historietas en el esquema de una metamorfosis pintoresca y un viaje peregrino, con un chusco final feliz. (Tal vez Luciano o un imitador suyo tomó la trama de un relato anterior, de Lucio de Patras, para abreviarlo; el latino Apuleyo, con intención distinta, lo amplió y le añadió un tono nuevo y un final diverso en su *Metamorfosis* o *El asno de oro*, una novela larga y misteriosa.) De nuevo lo fantástico y la burla de lo maravilloso es un esqueleto de novela picaresca, de singular fortuna literaria.

El tema de la metamorfosis reaparece en *El sueño o El gallo*, un diálogo en que Luciano toma a burla algunas creencias pitagóricas. (Los pitagóricos figuran entre los filósofos que más despiertan sus pullas, sin duda por la variopinta superstición ligada a sus creencias. Por otra parte, recordemos que en los siglos I y II de nuestra era había renacido el neopitagorismo y ese ambiente supersticioso estaba bastante extendido.)